

«fuentes» de la Historia de la Filosofía, desde un punto de vista que supera el planteamiento meramente filológico de la cuestión y la aborda desde una postura filosófica, que remite el problema al propio concepto de filosofía que se adopte.

Para terminar, sólo nos queda resaltar la necesidad de la lectura de esta obra para todo aquel que desee adquirir un serio conocimiento del estado actual de la investigación en teoría y metodología de la Historia de la Filosofía.

Julián CARVAJAL CORDON

Martin Hollis, *Invitación a la filosofía*. Ed. Ariel. Barcelona, 1986. 220 págs. Traducción de Juan-Andrés Iglesias.

Los libros que, como éste, se presentan a sí mismos como *invitaciones*, intentan tomar de ellas al menos tres virtudes: la brevedad, la amabilidad y la persuasión. Al mismo tiempo —no hace falta decirlo—, son libros dirigidos a lectores poco familiarizados con las materias que tratan, lo cual exige del ya iniciado, si es que se decide a leerlos, una predisposición especial que lo aleje de su rutina crítica cotidiana. En no pocas ocasiones, la conjunción de estas circunstancias da lugar a resultados nefastos: bien porque el autor no las tiene suficientemente en cuenta, y sus buenas intenciones se pierden en argumentos inacabables, intrincados y aburridos; bien porque las toma al pie de la letra, y el producto queda alí-corto, zumbón e irremisiblemente trivial. Rigor y pedagogia son ingredientes tanto más difíciles de combinar cuanto que tienden a disolverse mutuamente; es más fácil disculpar el uno por el otro que dar satisfacción a los dos.

Martin Hollis merece ser elogiado, en primer lugar, por salir airoso de este compromiso inicial. Su *Invitación a la filosofía* es un trabajo por lo general claro, asequible y, sobre todo, estimulante. Posee la capacidad de despertar la curiosidad del lector, pero también —y esto vale más— la de encaminarla en las direcciones más adecuadas.

La segunda baza de Hollis es tan sencilla como efectiva: escribe con apasionamiento. Resuelto a predicar con el ejemplo, el autor invita a reflexionar sobre preguntas que parecen provocar en él un interés contagioso, de modo que la falta de respuestas contundentes llega a convertirse en un acicate de imprevisible poder. Hollis quiere mostrar que el atractivo de la filosofía radica en lo que exige de quien se decide a practicarla, más aún que en lo que ofrece como *corpus* o disciplina de métodos y saberes. Es así cómo los problemas más arduos e irreducibles, formulados en un lenguaje comprensible, pueden convertirse también en los más excitantes.

El libro se esfuerza por poner en las manos del lector un mapa congruente y articulado, no de una provincia del saber, cerrada y sometida a sus propias reglas, sino de un territorio vasto, fértil y de borrosas fronteras, mapa en el que deliberadamente se subrayan los conflictos, las aporías, las perplejidades. Este modo de abordar la cuestión lleva aparejado el riesgo de ofrecer un panorama desmembrado y caótico que dejaría una impresión de fácil escepticismo. El objetivo deseable, no obstante, vendría a ser obtener una descripción de la filosofía como perpetua indagación, como disciplina mutable, versátil, sensible a los cambios de su entorno social y humano...

Con ese fin, Hollis planea un hilo expositivo cuidadosamente medido en el que se intenta dar cabida, sin romper la economía del esquema inicial, a los núcleos temáticos esenciales de la investigación filosófica. En esta elaboración, llamémosla «programática», reside el mayor mérito del libro de Hollis, por su dificultad y su riesgo, pero de ella derivan también sus principales defectos. Por una parte, el lector inexperto puede sentirse desconcertado en algunos momentos —especialmente en los primeros capítulos— al no encontrar la manera de integrar los datos que va recibiendo, lo que podría haberse paliado con una introducción en la que el autor ofreciera una breve explicación de sus propósitos. En segundo lugar, la preferencia por las preguntas desconcertantes puede volverse, sin un contrapeso suficiente, un arma de doble filo.

Los nueve capítulos de que consta el libro conforman un itinerario en el que el centro de interés va desplazándose, mediante transiciones bien resueltas, desde la lógica y la teoría del conocimiento hacia la filosofía moral y política. Tal desplazamiento es fruto, no de la mera acumulación taxonómica de «materias», sino de un verdadero *viaje* filosófico en el que los conceptos van enriqueciéndose por sí mismos a medida que se iluminan bajo las diferentes perplejidades que nos invitan a pensar. De este modo, la actividad filosófica va abriéndose poco a poco a una realidad cada vez más tangible, donde el *sujeto de conocimiento* ocupado en sus propias inferencias y en la organización de sus conocimientos da paso al *individuo moral y social* preocupado por su forma de vida y su responsabilidad.

De acuerdo con sus intereses, Hollis se apoya siempre en los aspectos paradójicos de cada problema y, sin agotar sus múltiples sugerencias, los utiliza con habilidad para ir abriendo nuevos campos. Las dificultades relacionadas con la objetividad del conocimiento terminan por conducir a una reflexión sobre la mente; pero el concepto gnoseológico de «mente» es sólo un instrumento en manos del filósofo, y como tal pierde su sustancialidad cuando se lo examina aisladamente. Su vacío viene a ser llenado por el concepto más complejo de «persona», que, lejos de disipar las brumas, atrae nuevos conflictos en relación con la filosofía moral y política. Hollis siembra así una larga serie de incertidumbres que son otras tantas invitaciones para el lector.

La filosofía que Hollis nos pinta no sigue un curso lineal, sino que traza círculos cada vez más amplios en torno a un núcleo que —más o menos disfrazado— se resume en un solo epígrafe: la comprensión del hombre y del mundo. Este ha sido y sigue siendo el verdadero asunto de la filosofía, incluso cuando su abstracción parece alejarla de él, y aquellos círculos nos sitúan cada vez en un nivel superior de comprensión, aunque también los enigmas son cada vez más complejos: materia o mente, biología o moral, causalidad o libre albedrío. El último capítulo insiste sobre la persistencia de dos formas distintas de pensar sobre los seres humanos: el modelo determinista de la caja negra y el sujeto libre y personal. Ambas se enfrentan con dificultades, pero no conseguimos conciliarlas. Una pregunta abierta más entre las muchas que pueblan estas páginas y que —de creer a Hollis— indica que debemos seguir buscando.

La lectura de esta *Invitación...* sugerirá algunas críticas al especialista grave y erudito. En particular, el capítulo dedicado a la lógica resulta poco didáctico (cuirosamente, a causa del abuso al prescindir de tecnicismos) y emplea algunas paradojas clásicas de un modo ligeramente tramposo. Por cierto que las insuficiencias de este capítulo se ven agravadas en la edición española por dos erratas que pueden despistar al principiante: en la página 39, las líneas 12 y 13 están intercambiadas; en la página 42, línea 41, donde dice «(2)No q» debe decir «(2)q». Pero es innegable que Hollis casi siempre consigue conservar con las concesiones mínimas el equilibrio entre la exigencia y el interés.

Por lo que toca a esta edición, apenas un año posterior a la publicación del original inglés, se presenta en una traducción muy fluida y casi siempre correcta. Figura al final un breve índice de lecturas adicionales clásicas y contemporáneas. Salta inmediatamente a la vista que no se trata del índice original, sino de una adaptación «a la realidad bibliográfica de nuestro medio», como advierte el editor. Sin que esta práctica tenga nada de reprochable, hubiera sido de desear: primero, un criterio más desinteresado en la selección de bibliografía en nuestro idioma; y segundo, que la advertencia del editor figurara en el lugar adecuado, esto es, en una llamada al principio del índice, y no, como en este caso, escondida en el comentario de la contraportada. Por lo demás, el libro se abre con un prólogo de Ferrán Requejo que sitúa a Martin Hollis en la línea de los filósofos postmodernos, cosa que no será de mucha ayuda para el lector. Requejo termina proclamando que «Sócrates ha redescubierto el politeísmo», a lo que sólo se me ocurre contestar diciendo que, de ser esto cierto, Hollis no ha tenido absolutamente nada que ver con ello.

Angel M. FAERNA